

Los días de la fiebre, de Andrés Felipe Solano: pandemia, panoptismo y disciplinamiento¹

María Eugenia Osorio

Doctora en Literatura Hispanoamericana

Universidad de Antioquia

<https://orcid.org/0000-0002-1072-5289>

meugenia.osorio@udea.edu.co

Resumen

El objetivo de este artículo es analizar *Los días de la fiebre* (2020), del escritor colombiano Andrés Felipe Solano, obra que identificamos como una narración fronteriza que conserva elementos de diario, crónica y testimonio. Por ser uno de los primeros ejemplos literarios que recrea hechos relacionados con la pandemia de la COVID-19, nos interesa señalar la presencia de algunos tópicos de las narrativas de pandemias y desentrañar una sociedad en la que, en nombre de un discurso de la bioseguridad, con la asistencia de un sofisticado sistema de redes informáticas y georreferenciación, se vulnera el derecho a la intimidad. Partimos de la hipótesis de que las formas de seguimiento y control del virus coinciden con las técnicas del panoptismo estudiadas por Michel Foucault, cuya función es disciplinar. En otras palabras, en ella encontramos un individuo que, al margen de la estructura arquitectónica concebida por Jeremy Bentham, ha introyectado el sentimiento de ser vigilado constantemente. Paralelo a lo anterior, nos enfrentamos a una sociedad en la que sobrecoge la asepsia ante la muerte y el dolor.

Palabras clave: crónica; disciplinar; narraciones de pandemia; panoptismo; testimonio.

Andrés Felipe Solano's *The Days of Fever*. Pandemic, Panoptism, and Disciplining

Abstract

The purpose of this article is to analyze *Los días de la fiebre* (2020), by the Colombian writer Andrés Felipe Solano, which we identify as a border narrative that retains elements of diary, chronicle and testimony. As one of the first examples of how literature recreates

¹ Procedencia del artículo: Este artículo es un resultado parcial del proyecto presentado para el año sabático 2021-2022, y en el marco del macroproyecto: "Literaturas en diálogos e intelectuales en redes" que se adelanta en el Grupo de Estudios Literarios de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.



events related to the COVID-19 pandemic, we are interested in pointing out that *Los días de la fiebre*, while maintaining certain thematic recurrences with pandemic narratives, introduces us to a society in which, in the name of a discourse of biosecurity, with the assistance of a sophisticated system of computer networks and geo-referencing, violates the right to privacy. We start from the hypothesis that the new forms of daily monitoring and control of individuals coincide with the techniques of panoptism studied by Michel Foucault, which, although they operate outside the architectural structure conceived by Jeremy Bentham, have the effect of disciplining, through introjection, the feeling of being constantly watched, even if we do not know by whom. Parallel to the above, we are confronted with a society in which asepsis in the face of death and pain overwhelms.

Keywords: chronicle; discipline; pandemic narratives; panoptic; testimony.

Recibido: 15 de octubre del 2021. **Aprobado:** 21 de noviembre del 2021

Artículo de reflexión

<https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i55.12392>

¿Cómo citar este artículo en MLA? - *How to quote this article in MLA?*

Osorio, María Eugenia. “*Los días de la fiebre* de Andrés Felipe Solano: pandemia, panoptismo y disciplinamiento”. 55 (2022): e.2312392 Web. Fecha de acceso (día, mes en mayúscula y abreviado, y año).

Introducción

El libro, la lectura y la literatura ocupan sin duda un lugar importante en épocas de confinamiento, de ahí que también abunden los referentes históricos y las obras de ficción en las que se aborda dicha experiencia. La literatura no solo funge como un paliativo para sobrellevar el encierro, sino que participa de las elaboraciones intelectuales y emocionales que aportan a la comprensión de aquellas alteraciones sociales, familiares e individuales ocasionadas por los períodos de aislamiento. En dicho sentido, nos preguntamos por las actuales representaciones literarias asociadas a la experiencia de la pandemia de la COVID-19 y encontramos que *Los días de la fiebre* (2020), del escritor colombiano Andrés Felipe Solano, es una de las primeras en las que se fija la atención en

este fenómeno². En consonancia con lo anterior, hacemos una lectura del texto de Solano indagando en dos aspectos fundamentales: por un lado, la relación de continuidad o discontinuidad con narraciones en las que las pandemias son protagonistas, con el fin de escuchar los posibles ecos de autores que en sus propios contextos han dado cuenta de situaciones de aislamiento, distanciamiento social, miedo al contagio y a la muerte; por otro lado, nos aproximamos a un fenómeno que ha estado asociado al control de las pandemias y que toma el carácter de “panoptismo”, obsesión por los contagios cuyo correlato médico y político es el disciplinamiento de los ciudadanos.

La obra de Solano tiene como escenario Seúl (Corea del Sur) y refiere la experiencia de 100 días de pandemia en dicho país, desde que se registra el primer caso y antes de que el virus adquiriera el nombre, suceso que el narrador anuncia: “Le han puesto nombre, lo han bautizado. Ahora su identificación oficial es SARS-CoV-2 y la enfermedad que produce, COVID-19” (Solano 27). El tema central gira en torno a las medidas, las restricciones y el control adoptados por el gobierno coreano para afrontar y combatir la propagación de la inminente epidemia y las analizamos a la luz del concepto del “panoptismo” desarrollado por Foucault (2010).

En otro sentido, como se subraya en la portada del libro, *Los días de la fiebre* es “un testimonio literario de alguien que vio perplejo cómo su mundo se sacudía durante cien días febriles, por lo que recoge parte de nuestro sentir y preguntas que quizá tardaremos años en responder”, relacionadas con la sociedad moderna y los sistemas de vigilancia de los individuos puestos al servicio de la salud pública y que se perciben decisivos para detener la proliferación del virus. El narrador, que aparece como un “yo” testigo³, en su calidad de extranjero, colombiano, es un espectador que relata las experiencias del confinamiento, pero la información que transmite es la que él mismo recibe a través de los medios informáticos. En otras palabras, destacando el uso de las sofisticadas tecnologías para el seguimiento de la pandemia, el narrador incita a una reflexión sobre las posibles consecuencias sociales y políticas del nuevo control planetario e individual que asociamos con una “asepsia” frente a la muerte, así como con un *nuevo panoptismo*. Se trata de una realidad tan inédita que todavía no hemos terminado de elaborarla, y *Los días de la fiebre* da cuenta de esa perplejidad que nos imponía un virus y que, a la manera de las

² Andrés Felipe Solano Mendoza ha publicado novelas, artículos periodísticos y crónicas entre las que se distingue *Salario mínimo: Vivir con nada* (2019), cuya versión original del 2008 fue finalista del premio FNPI, presidido por Gabriel García Márquez.

³ Así es clasificada la obra en la contratapa del libro. No aparece la referencia del autor, pero la consideramos apropiada.

obras distópicas, nos parecía real, aunque lejana⁴. Así las cosas, *Los días de la fiebre* se nos presenta como narrativa del desconcierto, cuyo valor testimonial y documental la familiariza con el cúmulo de material textual que nace del confinamiento que vivimos a raíz de la COVID-19 y en el que es evidente el deseo de dar cuenta de esa experiencia.

En relación con lo anterior, son numerosos los artículos que se han publicado en periódicos y revistas, en los cuales se vuelve la mirada a la literatura que ha representado períodos similares de confinamiento. En muchos de ellos se ha buscado explicar la realidad que nos sobrecogía tan de repente y marcada por el temor al contagio, representado en un “otro”⁵. En esa línea de sentido, la obra de Solano se inscribiría en la tradición de “escrituras de pandemias”, de forma que, como sucede con gran parte de los textos literarios que han surgido en situaciones similares, tiene impreso el sello de esta época y, específicamente, alude a los alcances sociopolíticos del uso de las tecnologías en el contexto del control médico y social y de la enfermedad. Para profundizar en los anteriores aspectos, estructuramos el presente trabajo a partir de dos ejes relacionados con los ya expuestos. Por un lado, conectamos, *grosso modo*, *Los días de la fiebre* con algunas obras en las que las pandemias han sido protagonistas, buscando correspondencias literarias, así como anclarlo en nuestra tradición en Colombia. El segundo eje tiene como propósito indagar sobre el discurso de la bioseguridad y develar cómo mediante el uso de las herramientas tecnológicas y las redes sociales se configura lo que en términos foucaultianos denominamos como *nuevo panoptismo*, bajo el cual se disocia la pareja ver/ser visto, cumpliendo con los efectos de la construcción arquitectónica propuesta por Bentham: hacer que el poder sea visible pero inverificable, derivando en la introyección del sentimiento de ser vigilados constantemente (Foucault 205).

⁴ Cuando aludimos a las creaciones literarias distópicas, nos remitimos a obras de escritores como Aldous Huxley y George Orwell en Inglaterra o Jack London en Estados Unidos, quienes mostraron el reverso del orden en las sociedades modélicas. Los mismos que pusieron en evidencia que una “sociedad diseñada hasta el último detalle, podía generar un marco tan destructivo para el individuo como su opuesta, la sociedad del caos” (Fernández, parr.1). Sin embargo, la lista es muy larga, también tendríamos que nombrar, entre muchos, a Ray Bradbury, Isaac Asimov, J. G. Ballard, Ursula K. Le Guin, Philip K. Dick y Stanislaw Lem.

⁵ Son muchos los textos en los que se aborda la relación pandemia-confinamiento-lectura; uno de los primeros que llegó a nuestras manos es del 21 de marzo de 2020: “Babelia” del diario español *El País*, el cual estuvo dedicado a “Lecturas para la cuarentena”. En este, como se indica en el subtítulo: “De Mario Vargas Llosa a Annie Ernaux, Richard Ford o Leila Slimani, 40 autores recomiendan lecturas para entender la pandemia y sobrellevar el confinamiento global” (SA). Por ejemplo, Mario Vargas Llosa recomienda *La montaña mágica*; Domenico Starnone sugiere la lectura de la clásica novela *Los novios*, de Alessandro Manzoni (1785-1873). También en la revista *Semana* del 20 de marzo de 2020, publica el artículo “Diez lecturas recomendadas para tiempos de aislamiento” (Afanador). En esta misma línea encontramos artículos en los principales diarios y revistas en los diferentes países hispanohablantes.

Escrituras de pandemias y *Los días de la fiebre*

La tradición de las escrituras sobre pestes y pandemias es tan antigua como las plagas mismas, de manera que sus representaciones se corresponden con el sentir y el pensamiento de la época en las que acontecen. En la Antigüedad, en el contexto judeocristiano, fueron explicadas como efectos del castigo Dios y como resultado de actos de desobediencia humana (Martínez, parr. 2). Así, en *La Biblia*, “Deuteronomio” 28, 21-22 y 28, 27-28, encontramos una de las primeras referencias, donde se advierte:

21 Jehová hará que se te pegue mortandad, hasta que te consuma de la tierra a la cual entras para poseerla. 22 Jehová te herirá de tisis, y de fiebre, y de ardor, y de calor, y de cuchillo, y de calamidad repentina, y con añublo; y perseguirte han hasta que perezcas (...)

27 Jehová te herirá de la plaga de Egipto, y con almorranas, y con sarna, y con comezón, de que no puedas ser curado. 28 Jehová te herirá con locura, y con ceguera, y con pasmo de corazón. Posteriormente, la literatura griega registra este fenómeno y el ejemplo clásico que suele citarse es *Historia de la Guerra del Peloponeso*, del historiador Tucídides (460-396 a.C.), quien en el Libro II, alude a una gran peste que asoló Atenas en el año de 430 antes de Jesucristo, de la siguiente forma; “una epidemia tan grande y un aniquilamiento de hombres como éste no se recordaba que hubiese tenido lugar en ningún sitio” (en Martínez, parr. 3).

Las plagas y las pandemias siguieron siendo materia prima para la historiografía y la literatura en épocas posteriores, pero la mayor relevancia lo han tenido los relatos sobre la peste negra en la Edad Media, entre 1347-1350, cuya magnitud devastadora no ha tenido comparación hasta la fecha⁶. Dicha enfermedad, que se extendió desde la India hasta Islandia y diezmó la población mundial, ha sido objeto de múltiples recreaciones artístico-literarias y es protagónica en el primer capítulo en la famosa obra de Giovanni Boccaccio (Florencia, 1313-1375), *Decamerón* (1348), en la que sigue constante la idea de la enfermedad como consecuencia de un castigo divino:

⁶ Los catedráticos Luis María Gil y Elisa Gil (1) señalan que, aún hoy: “La peste es una enfermedad recurrente en Madagascar. Del 23 de agosto al 30 de septiembre de 2017, se notificaron 1.133 enfermos. Los casos fueron confirmados por el Instituto Pasteur (PCR y pruebas diagnósticas rápidas), 124 de ellos fueron mortales. Varias ciudades notificaron afectados: Antananarivo 27 casos, 7 muertes; Toamasina 18 casos, 5 muertes; Faratshio 13 casos, 1 muerte. El balance definitivo fue el siguiente: infectados 1.297 (peste neumónica 846, bubónica 270, resto no etiquetado), fallecidos 124.

Y digo, pues, que los años de la fructífera Encarnación del Hijo de Dios habían llegado a mil trescientos cuarenta y ocho, cuando en la egregia ciudad de Florencia, espléndida entre todas las de Italia, sobrevino la mortífera peste. La cual, por obra de cuerpos celestes o por nuestros inicuos actos, la justa ira de Dios envió sobre los mortales, y fue originada unos años atrás en las partes de Oriente, donde arrebató una innumerable cantidad de vidas, y desde allí, sin detenerse, prosiguió devastadora hacia el Occidente, extendiéndose pavorosamente. (Boccaccio 13)

Distante ya del mundo bíblico, del griego y del renacentista, el narrador contemporáneo en *Los días de la fiebre* piensa en su propia experiencia y destaca: “Las plagas medievales nos pusieron a pensar de una forma diferente en Dios, nos plantearon por primera vez la duda sobre su existencia” (Solano 80-81). La modernidad impondría las explicaciones desde la ciencia y razón, que la literatura sigue bebiendo y representándolas en correspondencia con los alcances de las disciplinas científicas. Un ejemplo de lo anterior lo tenemos en dos relatos memorables de la peste que aconteció en Londres en el año de 1665: *Diario del año de la peste* (1722), de Daniel Defoe (1660-1731), quien se apoya en una documentación exhaustiva, incluyendo los registros de las muertes diarias, los nombres de los barrios en las que acontecen, así como otros sucesos derivados del miedo al contagio. El resultado es una narración verosímil y realista, como lo leemos en el siguiente ejemplo:

Advertimos entonces que la infección se fortificaba principalmente en los barrios de extramuros: como eran muy populosos y estaban llenos de pobres, la enfermedad los consideró mejor que en la City. Notamos también que la peste se acercaba a nosotros por los distritos de Clarkewell, Cripplegate, Shoreditch y Bishopsgate, parroquias estas últimas unidas a las de Aldgate, Whitechapel y Stepney. Por último, la plaga vino a derramar su mayor cólera y violencia en esos lugares, aunque se moderó en los distritos occidentales, donde había comenzado. (Defoe 8)

Diario del año de la peste suele compararse con otro *Diario* contemporáneo, escrito por Samuel Pepys (1633-1703) quien, de forma más ecléctica que Defoe, escenifica los mismos sucesos, en la misma ciudad europea. Se trata de un extenso y generoso documento en el que el yo-testigo refiere su experiencia en lo que atañe a eventos cotidianos, personales y

familiares, a la vez alude aspectos políticos y sociales (Pepys)⁷. Estos diarios nos llaman la atención en dos sentidos: por un lado, por constituir un testimonio literario de la forma en que la sociedad londinense implementa el reglamento exigido ante la declaración de peste en la ciudad, el cual, según Foucault, había empezado a regir desde finales del siglo XVIII, aunque no es distante del implementado a raíz de la pandemia de la COVID-19. Vemos:

En primer lugar, una estricta división espacial: cierre, naturalmente de la ciudad y del “terruño” (...) Cada familia habrá hecho sus provisiones (...) Cuando es preciso en absoluto salir de las casas, se hace por turno, y evitando todo encuentro (...)

La inspección funciona sin cesar (...)

Esta vigilancia se apoya en un sistema de registro permanente (...) El registro de lo patológico debe ser constante y centralizado. La relación de cada cual con su enfermedad y su muerte pasa por las instancias del poder, el registro a que éstas la someten y las decisiones que toman. (Foucault 199-200)

En segundo lugar, nos despierta el interés la cuestión del género literario, pues el diario, además de ser considerado como un “género menor” y circunscribirse al dominio privado, podría inaugurar una forma retórica propicia para dar cuenta de la evolución de un suceso social, político y, en el caso de la pandemia, médico. En ese último sentido, el diario participaría de la transgresión de su mismo status, en tanto que, como puntualiza Picard:

El paso del status privado del diario a su status público es un acontecimiento importante, tanto desde el punto de vista de la historia de las formas literarias como de la ontología de la Literatura. Lo que por definición era a-literatura toma ahora el rasgo y la función de la obra literaria. La escritura en forma de diario, que por su naturaleza misma niega la comunicación intersubjetiva, entra ahora en la comunicación literaria. El monólogo es ahora un monólogo que los demás escuchan; es más, tiene lugar para que los demás lo escuchen. (118)

⁷ Aunque no suele sumarse a los archivos literarios sobre las narraciones de la peste, el diario *Clarín* de Buenos Aires publicó la noticia sobre la existencia de un folleto titulado: “Ciertas direcciones necesarias para la cura de la plaga”, el cual circuló en 1665, es decir, por la misma época en que acontece la Gran Plaga de Londres y tuvo carácter oficial. En el folleto se dan consejos de salud y se describen varias formas de frenar la propagación mortal, de manera que el valor documental del texto es quizá lo más interesante. El artículo aparece sin autoría.

Andrés Felipe Solano no se compromete con un género discursivo específico y tampoco podríamos encasillar *Los días de la fiebre* bajo un rótulo único, de manera que nos acogemos a la idea de texto híbrido, pues conserva elementos del diario, incluye un yo-testigo y es crónica, en tanto narra una experiencia en relación con el lugar, con el habitante y, por supuesto, tiene una voluntad literaria y de estilo (Almarcegui, parr.4). En otras palabras, *Los días de la fiebre*, en cuanto diario y como heredero de la tradición de Defoe, destaca la paulatina implementación de un reglamento, así como los efectos o los logros en el control de la pandemia.

Al tener parentesco con las narraciones biográficas o autobiográficas, el “yo” es testigo de los acontecimientos y actúa como tal en la narración: “He dejado de leer, de trabajar en un nuevo libro, de pensar en las clases. Estoy encerrado en el mundo de la secta y del virus. Yo también soy su prisionero, soy su cautivo” (Solano 46). La cercanía con la crónica se desvela en el mismo título, ya que *Los días...* de los acontecimientos abarcan tres meses. En el primero, se detecta la COVID-19; en el segundo, se evidencia la propagación, así como los estrictos y avanzados mecanismos de control; en el último, se retorna a una “normalidad”, que ya no lo será más.

Ahora bien, retomando la diversidad narrativa en lo que respecta a los relatos de pandemia, y circunscribiéndonos al contexto hispanoamericano, aunque es poca información, existen registros desde la época precolombina, documentada en los códices mexicanos antes de la llegada de los europeos⁸. Posteriormente, los cronistas de Indias, en sus cartas, relaciones y otros documentos, dan cuenta del devastador encuentro con los indígenas, siendo la transmisión de enfermedades una de las mayores catástrofes que alcanzaron muchas la dimensión de pandemia:

(...) partiendo de los testimonios coetáneos de Cristóbal Colón y de su médico que fueron testigos de los hechos, en documentos auténticos, veraces e incontrovertibles, así como de los datos confirmatorios de Pedro Mártir de Anglería y Gonzalo Fernández de Oviedo, los más extensos y minuciosos de Bartolomé de Las Casas, cuyo padre sufrió la epidemia, así como los de Hernando Colón y Antonio de Herrera, puede afirmarse que la gran mortalidad de los indios y previamente de los españoles se debió a una epidemia de influenza suina o gripe del cerdo. (Guerra 46)

⁸ Al respecto, los cronistas coinciden en destacar la fecha, el lugar, las manifestaciones clínicas y las secuelas de una enfermedad que fue terriblemente mortal para los indígenas de Santo Domingo y los de las otras islas antillanas. La influenza suina diezmó gran parte de la población indígena (tamos, siboneyes, boriqúenes y caribes), como lo demuestran las cifras. Según las estadísticas, de los cerca de 3.770.000 que originalmente vivían en las Antillas, quedaban solo 15.600 para el año de 1518 (Guerra 51).

Abandonando la historiografía colonial y centrándonos en posteriores representaciones literarias de pandemias en la literatura colombiana, el ejemplo más paradigmático es *El Amor en los tiempos del cólera* (1985), de Gabriel García Márquez. Aunque fue escrita en el siglo XX, recrea en el brote de cólera que ocurrió en 1849 en Colombia⁹. En el mismo siglo XIX, es recurrente la presencia de enfermedades como la lepra¹⁰ que, sin haber sido considerada como una pandemia en la sociedad decimonónica neogranadina, fue motivo de gran preocupación y los leprosos objeto de estigmatización y rechazo¹¹. La lepra ha sido retratada en obras como *Dolores* (1867) de Soledad Acosta de Samper (1833-1913), así como en un texto autobiográfico de Adolfo León Gómez (1847-1927), *La ciudad del dolor: ecos del presidio de inocentes* (1925), cuya originalidad estriba en narrar la experiencia de su propio autor en el lazareto de Agua de Dios en Cundinamarca¹²:

León Gómez tuvo el infortunio de padecer lepra, fuente de pánico ante el contagio y una plaga bíblica en un país altamente confesional. El miedo a la enfermedad había motivado la construcción de colonias que, bajo el discurso terapéutico, constituían prisiones vitalicias. (Garzón, parr. 15)

En el presente siglo, en lo relacionado con la actualidad de la COVID-19, Andrés Felipe Solano ha sido el primero en publicar su cónica, cuyo escenario es un contexto lejano¹³. El narrador de *Los días de la fiebre*, sin empeñarse en buscar afinidades entre esta

⁹ Durante el periodo colonial, en el territorio, hoy, colombiano hubo veintidós pandemias, entre 1537 y 1802, en Santa Fe de Bogotá, las cuales dejan una gran estadística de muertes. Para hacernos una idea, en la peste de viruela de Santafé en 1782, se calcula que hubo 3.000 muertos de los 16.000 habitantes registrados en 1778 (Durán 13).

¹⁰ “La historiografía reportó entre los primeros leprosos conocidos al conquistador español Don Gonzalo Jiménez de Quesada, a quien sus congéneres optaron por enviarlo de regreso a su país y esconder su padecimiento para evitar el escarnio y señalamiento público” (Lizcano 169).

¹¹ Al respecto de la lepra, Michael Foucault (201-202) subraya que, si bien “la lepra ha suscitado rituales de exclusión que dieron hasta cierto punto el modelo y como la forma general del gran Encierro, la peste ha suscitado esquemas disciplinarios”. Partiendo de la perspectiva foucaultiana, observamos que, en la época de la COVID 19 coinciden los diseños de la biopolítica, la cual se corresponden con el encausamiento de la conducta del infectado.

¹² Adolfo León Gómez (1857, Pasca-1927, Agua de Dios) fue un abogado, escritor, periodista y político. Igualmente, fue senador, magistrado de la Corte Suprema de Justicia, fundador de la Academia Colombiana de Jurisprudencia y presidente de la Academia Colombiana de Historia. Su pensamiento y activismo liberal lo llevaron a participar en las varias guerras civiles entre liberales y conservadores que se presentaron entre los siglos XIX y XX, por cuenta de las que fue apresado varias veces; la reclusión más dura fue la tercera, aquella que retrató en su libro *Secretos del Panóptico*, de 1903 (Garzón, parr.1).

¹³ También se ha publicado recientemente una obra de Mario Mendoza, *Bitácora del naufragio* (2021).

época y las representaciones de otros períodos agobiados por pandemias, recuerda la singularidad de la que experimentamos:

Se ha demostrado que los generales de tres soles y los escritores de distopías al uso son del todo superfluos en caso de una epidemia. En estos momentos no hay algo más triste que un novelista especulando sobre el futuro (...). (Solano 79) Pese a la advertencia del autor, de asistir a una realidad que supera cualquier propuesta ficcional, la literatura ha sido premonitoria y nos tiende ficciones que brindan elementos para interpretar la actual pandemia. Siendo muchos los ejemplos, destacamos dos que eligieron el siglo XXI como escenario para la trama y el año 2073 como una fecha de quiebre: nos referimos a *El último hombre* (1826), de Mary Shelley, que marca un hito en el desarrollo de la “literatura de la plaga”, y *La peste escarlata* (1912) de Jack London. Mientras el cuento de London empieza en 2073, describiendo las consecuencias de la devastación causada por una peste acaecida en 2013, *El último hombre* nos ubica en un período entre 2073 y 2100¹⁴. En consonancia con ese archivo de obras memorables sobre pandemias, el narrador en *Los días de la fiebre* alude a la nueva receptividad de las mismas y a la actualidad que han cobrado:

Circulan listas de libros que algunos creían fósiles y que hoy se han convertido en pan recién hecho. Buscamos respuestas en las palabras de los muertos. La literatura —y no el otro— como reserva para lo que viene, sea lo que sea. Alguno de esos libros que he visto nombrar son *Decameron* (Boccaccio), *Muerte en Venecia* (T. Mann) y *Los Novios* (A. Manzoni), todos situados en Italia. Me viene a la cabeza otro, uno que leí muy joven y que también sucede en aquel país. *Perorata del apestado* (...). (Solano 101) También la emblemática obra del premio nobel de literatura Albert Camus (1913-1960), *La peste* (1947), es mencionada por el narrador al verla expuesta en el primer plano de una librería y decidir adquirirla¹⁵.

¹⁴ Los antecedentes del género distópico los encontramos en obras de los ya citados Mary Shelley (1797-1851) con *El último hombre* (1826), Edgar Allan Poe (1809-1849) con *El Rey peste* (1835) y *La máscara de la muerte roja* (1842), Jack London (1876-1916) con *La peste escarlata* (1912). En el siglo XX, *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, así como *1984*, de George Orwell suelen citarse como ejemplos paradigmáticos.

¹⁵ Un dato curioso, *La peste* fue uno de los libros más buscados y leídos durante el período de confinamiento. Lo anterior lo confirma en el diario francés *Le Monde* del 3 de marzo de 2020 y el periódico italiano *La Repubblica*, que señala que “la novela pasó del rango 71, al número 3 en un portal de venta de libros en línea” (Nadal, 2020). También en marzo de 2020, *Letras libres* publica un artículo de Ed Vulliamy en el que destaca: en francés, tanto la edición clásica con cubierta de color crema editada por Gallimard como la reimpresión de bolsillo de Folio están agotadas en Amazon, mientras que las páginas de Internet de las librerías dicen “no disponible”. Las traducciones al español no se pueden comprar. Unos ejemplares, en general usados, de la traducción de Stuart Gilbert al inglés siguen a la venta en Amazon mientras que en el Reino Unido Penguin Random House, que vendió solo 226 ejemplares el año pasado, en una semana de marzo vendió

Tras vagar un rato (...) descubro una librería nueva (...) Entro. *La plaga* de Albert Camus es el primer libro –el primero, no el segundo, ni el tercero— del estante principal. Lo compro. (Solano 83) Sin encontrar influencias directas del escritor argelino en *Los días de la fiebre*, sospechamos que Solano coquetea, o quizá actualiza, aunque de forma superficial, una reflexión existencial que es proveniente de Camus y que advertimos cuando se pregunta: ¿este nuevo virus qué pregunta nos hace? (Solano 80-81). Ese interrogante podría conducirnos a otro que es inmanente a *La peste* y que Rafael Narbona documenta cuando cuestiona:

¿Qué nos enseñó *La peste*, de Albert Camus? Que las peores epidemias no son biológicas, sino morales. En las situaciones de crisis, sale a luz lo peor de la sociedad: insolidaridad, egoísmo, inmadurez, irracionalidad. Pero también emerge lo mejor. Siempre hay justos que sacrifican su bienestar para cuidar a los demás. (Narbona, parr.1)

La Peste, que inicia en algún año de la década de 194..., en la ciudad de Oran (Argelia), nos sumerge en un mundo citadino y, a la vez que procura varios niveles de lectura, plantea cuestiones en torno al género literario, que apelan a deslindar las funciones del narrador quien, para contar los sucesos, combina las dotes de cronista, testigo e historiador:

Estos hechos parecerán a muchos naturales y a otros, por el contrario, inverosímiles. Pero, después de todo, un cronista no puede tener en cuenta esas contradicciones. Su misión es únicamente decir: “Esto pasó”, cuando sabe que pasó en efecto, que interesó la vida de todo un pueblo y que por lo tanto hay miles de testigos que en el fondo de su corazón sabrán estimar la verdad de lo que dice.

Por lo demás, el narrador, que será conocido a su tiempo, no tendría ningún título que arrogarse en semejante empresa si la muerte no le hubiera llevado a ser depositario de numerosas confidencias y si la fuerza de las cosas no le hubiera mezclado con todo lo que intenta relatar. Esto es lo que le autoriza a hacer trabajo de historiador. Por supuesto, un historiador, aunque sea un mero aficionado, siempre tiene documentos. El narrador de esta historia tiene los suyos: ante todo, su

más de 1.500 y está reimprimiendo más copias. En todos los idiomas se anuncian ediciones de tapa dura a precios absurdos: un compendio de Everyman que vale 12,99 libras en el Reino Unido cuesta 68 dólares en Estados Unidos” (Vulliamy, parr. 1).

testimonio, después el de los otros, puesto que por el papel que desempeñó tuvo que recoger las confidencias de todos los personajes de esta crónica, e incluso los textos que le cayeron en las manos. El narrador se propone usar de todo ello cuando le parezca bien y cuando le plazca. (Camus 6)

El sentido alegórico del texto lo asocia Vulliamy (parr.8) con la época en que se concibe; justo bajo la ocupación nazi en Francia en 1941 razón por la cual lo propone como una alegoría del fascismo del Tercer Reich, de su esencia maligna, su alcance asesino, así como de la ocupación y de la resistencia. Paralelo a lo anterior, Vulliamy acoge otras interpretaciones: universal y literal. La primera plantea cuestiones filosóficas, relacionadas con la solidaridad, la soledad y el amor; la segunda asume las similitudes con la época que estamos viviendo en cuanto narra “una plaga que asola y domina una ciudad, su posterior aislamiento del mundo exterior, el subsiguiente ‘exilio’ e infestación del populacho” (Vulliamy, parr. 4). En íntima conexión con los “focos de propagación” emerge el tópico del disciplinamiento de “la ciudad apestada”, para lo cual se imponen formas de sujeción que, además de ser variables en sus expresiones: cuarentenas, interdicciones espaciales y de desplazamiento, requieren de “un diseño de ciudad” que es definida por Rodríguez (parr. 9) en la siguiente cita:

Un espacio ciudadano diseñado, con una estructura espacial prevista y previsible, con calles que responden a un plano, con casas numeradas y espacios habitacionales fijos, es más susceptible de una estrategia disciplinar que un espacio que ha crecido en medio del caos orgánico, sobre todo si además se le aparea como herramienta el censo poblacional, que permite controlar quién está y quién se ausenta. (Rodríguez, parr. 9)

La Seúl de *Los días de la fiebre* se aproxima a ese diseño de ciudad y, a diferencia de otras narraciones de pandemia, el escenario de contagio, ahora la COVID 19, permanecen fuera del “caos orgánico” que se experimenta en los sectores marginales; de aquellos contruidos por fuera de los planes urbanísticos y que suelen representarse como puntos de la propagación: “los extramuros” mencionados por Defoe, o “los populosos barrios” de la Oran de Camus. En consonancia con lo anterior, destacamos una divergencia más en *Los días de la fiebre*, en la que la dispersión de la epidemia tampoco se asocia a un grupo social “populacho” o sector urbanístico, sino que tiene otro recorrido:

El virus ha hecho un tajo transversal en la sociedad coreana como si fuera un láser. En su recorrido los focos de contagio más importantes han sido una secta cristiana, un hospital psiquiátrico rural, un *call center* con condiciones de trabajo precarias y los retornados ricos que regresan de Europa y Estados Unidos. (Solano 118) En este punto, continuando con las peculiaridades temáticas en *Los días de la fiebre*, nos asalta la duda sobre su carácter diferenciador con otras narraciones clásicas de pandemias. Nuestra apreciación, *grosso modo*, podríamos sintetizarla en la ausencia de conmoción; encontramos escenas conmovedoras de “apestados agónicos”, ni de moribundos atormentados por el temor a la muerte, así que nos detendremos en ello.

Discurso biopolítico y nuevo panoptismo en *Los días de la fiebre*

Un aspecto notable en la narración de Andrés Felipe Solano es la depuración de sentimentalismo; los muertos y contagiados son solo una estadística estatal: “Más de 5.000 infectados, 32 muertos, y el presidente de Corea del Sur declara la guerra abierta y frontal contra el virus” (Solano 62). En *Los días de la fiebre* no leemos nada semejante a las dolorosas reflexiones morales del modesto Doctor Rieux quien, ante el padecimiento de un niño por la peste, cuestiona la existencia de Dios:

¿No es cierto, puesto que el orden del mundo está regido por la muerte, que acaso es mejor para Dios que no crea uno en él y que luche con todas sus fuerzas contra la muerte, sin levantar los ojos al cielo donde Él está callado? (Camus 89)

En el transcurrir de la pandemia en Seúl solo nos podría conmover la asepsia ante la enfermedad, la idea de la muerte y del sufrimiento. Los cuerpos infectados o alterados por los desastres físicos que ocasiona el virus no tienen protagonismo y tampoco nos interpelan, como sí sucede en *La Peste* o en la también clásica novela de Thomas Mann, *La muerte en Venecia*:

El cuerpo no podía siquiera expulsar las grandes cantidades de agua que salían de los vasos sanguíneos. A las pocas horas, el enfermo moría ahogado por su propia sangre, convertida en una sustancia pastosa como pez, en medio de espantosas convulsiones y roncós lamentos. (Mann 41)

Podríamos seguir ahondando en los rasgos diferenciadores, pero nos detendremos en la “asepsia ante la muerte y la enfermedad”, por ofrecer un punto de consideración que se corresponde con la sociedad moderna.

La muerte, uno de los temas de reflexión más recurrentes en las narrativas de plagas/pandemias, no tiene rostro en *Los días de la fiebre*. Ese vacío pone de manifiesto el fenómeno que Baudrillard expone en su libro *El intercambio simbólico y la muerte* (1980), cuando subraya que en las sociedades modernas “los muertos dejan de existir” (145). Lo que quiere decir es que mientras que en las comunidades tradicionales la muerte es algo normal, visible, público, a partir de la modernidad es percibida como un asunto individual, que hay que postergar lo máximo posible. En el intento por “eludir” la muerte, la modernidad se apoya en “soluciones científicas”, mediante técnicas como la criogenización o la clonación y algo así leemos en *Los días de la fiebre*:

Quando el brote apenas empezó hace tres meses, leí una noticia sobre una madre coreana que perdió a su hija pequeña a causa de leucemia. Gracias a un dispositivo de realidad virtual, la mujer se reencontró en un parque con el avatar de su hija y le celebró el cumpleaños. El modelo virtual, para el que se usó un niño actor, fue diseñado a partir de fotos, videos y los propios recuerdos de la madre. (Solano 123-124)

En correspondencia con esa “inexistencia de la muerte” y como bien lo destaca Márquez (parr. 8), apoyándose en el pensamiento de Baudrillard, los rituales mortuorios se reducen y privatizan. En Seúl, como paradigma de la sociedad moderna, no solo se acorta el tiempo de duelo, sino que se difuminan sus señales públicas, como el vestirse de negro o las procesiones fúnebres y de esto se lamenta el narrador hacia el final del libro, advirtiéndolo:

En Corea han muerto alrededor de doscientos personas de COVID-19. Miles en otros países han enterrado a sus padres de lejos. Me pregunto si dado el caso escogerían una manera como esta para decirles adiós. Espero que no, espero que todavía puedan confiar en las velas, en las varitas de incienso, en la foto en billetera. (Solano 124)

Podríamos entonces concluir que la experiencia de la COVID-19 nos ha lanzado al extremo de lo que la sociedad moderna ha perfilado en torno a la vida y a la enfermedad, lo cual incide en lo personal y en lo social. Más allá de que el paciente quede aislado y su vida sea dejada en manos de las autoridades médicas, es escalofriante la estrecha relación

entre pandemia y una tecnología del control, que hoy es puesta al servicio del sistema de salud, pero su objetivo es disciplinar. En conformidad con lo que venimos exponiendo, *Los días de la fiebre* brinda claves para aludir a lo que, en términos de Foucault (2000), llamamos *nuevo panoptismo*, es decir, métodos de vigilancia y control inherentes a la sociedad moderna, que se caracterizan por poner a su servicio las altas tecnologías informáticas. Aunque en este nuevo panoptismo ya no es relevante la estructura arquitectónica propuesta por Jeremy Bentham, su función se potencializa y difumina por todos los espacios, alcanzando incluso los saberes nemotécnicos, que permiten que otras generaciones los usen, los tomen y modernicen (Valencia y Marín 512). Este escenario lo encontramos en Seúl, así que miremos con más detalle sus características.

Los días de la fiebre, insistimos, está permeada por los géneros literarios que utilizaron autores como Daniel Defoe o Albert Camus, guardando la singularidad del contexto que cada uno recrea. El tiempo de la narración, los tres primeros meses del transcurrir de la COVID-19 en Corea del Sur, se corresponden con cada una de las partes en que está dividido el libro. El inicio del “Primer mes”, expusimos, es justo cuando el narrador escucha que el virus ha llegado a Seúl, donde él mismo reside:

Está aquí, con nosotros, y lo trajo una mujer de 35 años. La detectaron en el aeropuerto, ardía de fiebre, venía de Wuhan. No ha tenido contacto directo con animales salvajes y estará en cuarentena hasta que se recupere. (Solano 9) En la anterior cita se desvela un motivo recurrente en las narraciones de pandemias, relacionado con la idea de la enfermedad proveniente de un lugar foráneo y, según la historiografía lo demuestra, China ha sido reiterativa como epicentro. Por otra parte, Seúl emerge como un paradigma de la ciudad moderna, por lo que incursionamos en una sociedad vigilada y vigilante y, lo que verdaderamente nos impacta, en la que sus habitantes han incorporado el objetivo primordial del panoptismo: saberse vigilado sin necesidad de estarlo efectivamente (Foucault 204)¹⁶. Sin embargo, nos encontramos ante otra era del panoptismo y en la que dicha “herramienta multiusos”, como lo destacan Valencia y Marín, ha sofisticado las formas de control y disciplinamiento:

(...) por medio de las nuevas tecnologías, como el Internet, los sistemas satelitales, los circuitos cerrados de televisión, las bases de datos, y un sin fin de controles, que van desde usos militares, servicios comerciales y la televisión, hasta el

¹⁶ Michel Foucault desentraña los efectos del “panoptismo” en varios de sus textos: *Vigilar y Castigar* (1975), *Microfísica del Poder* (1980) y *La Verdad y las Formas Jurídicas* (1973).

satélite o el GPS, con un solo fin: el control de la población y el moldeamiento de los ciudadanos. (Valencia y Marín 520).

Acorde con ese modelo —como se registra en el ejemplo que citamos de la mujer de 35 años— el sistema de salud se sustenta en el mismo estricto control individual, siendo además beneficiario de la poderosa arma con la que cuenta el Estado como es el “almacenamiento de datos personales de los ciudadanos”. Estos datos son susceptibles de ser usados para un bien común, en este caso, funciona para el control de una pandemia, pero también para implementar formas de perfilamiento: social, religioso, político e ideológico. Así lo entendemos en la siguiente cita:

Ni siquiera una agencia de detectives privados tendría datos tan precisos (...). En todo caso, averiguo cómo puede saberse tanto de una persona que no es sospechosa de haber cometido un crimen. Primero que todo al recién diagnosticado lo entrevistan las autoridades sanitarias (...) ¿Dónde estuvo los últimos días y con quién? La Ley de Control de Enfermedades Contagiosas obliga a los oficiales a hacer público el itinerario de los últimos días del paciente, las rutas de bus, taxi o metro (...). La información se contrasta con videos tomados de las cámaras de circuito cerrado, pagos con tarjetas de crédito y sistemas para rastrear teléfonos móviles, gracias a las facultades que les otorga la misma Ley.

(...) Una vez armada la lista de contactos, detectives y oficiales del KCDC (siglas del Centro de Control de Enfermedades de Corea) salen a buscar a cada uno de ellos para hacerles la prueba. Llamam por teléfono, mandan mensajes de texto, recorren callejones, golpean puertas (...). Siempre hay alguien que nos está observando. (Solano 14-16)

En suma, el *nuevo panoptismo* enfatiza el refinamiento de las tecnologías de control y las posibilidades que ofrecen. Las cámaras de vigilancia, por ejemplo, no solo cumplen con su función, sino que aumentan la sensación de no saber quién vigila. Esa relación asimétrica, propia del panóptico, en la que se disocia la pareja ver/ser observado, tiene la gran potestad de automatizar y desindividualizar el poder, en tanto que sucede algo insólito y desvelado por Foucault: deja de importar quién lo ejerza (205). De ahí que Foucault definiera el panóptico de la siguiente manera: “(...) es una máquina maravillosa que, a partir de los deseos más diferentes, fabrica efectos homogéneos de poder”

(Foucault 206). Esos ojos inéditos del poder operan, entonces, mediante recientes tecnologías y así describe el narrador la omnipresencia de las mismas en Seúl:

Cuento las cámaras del circuito cerrado que hay hasta el minimercado de la esquina. En doscientos metros identifico un dispositivo oficial de la policía –además, si paso muy cerca, una voz me recuerda que no debo botar la basura en el sector, y cuatro cámaras a la entrada de restaurantes y locales comerciales. (Solano 16) Bajo esa fina combinación de implementos aparentemente inocuos, *Los días de la fiebre* nos conecta con las reflexiones de aquellos escritores que, sin haber experimentado los avances reales de la Internet y de las redes sociales, imaginaron sociedades altamente controladoras, siendo George Wells, con *1984*, quien mejor logró vislumbrar un Estado en el que toda acción social se convertía en objeto de control y en el que cada ciudadano adquiriría relevancia para ser “vigilado, uniformizado y desindividualizado a través de la propaganda oficial” (Arteaga, parr. 24)¹⁷. En sintonía con la representación de ese sistema vigilante y disciplinador, nos queda en evidencia que parte de la profecía se ha cumplido; que el mundo distópico creado por Orwell está íntimamente relacionado con el escenificado en Corea del Sur en *Los días de la fiebre*¹⁸. Veamos otro ejemplo que más parece fruto de una imaginación dislocada:

Con la información pública revelada por la KCDC, un estudiante universitario creó el Corona Map, una aplicación móvil para conocer el movimiento de los seis casos confirmados hasta ahora. Convirtió un simple listado de lugares en un mapa con rutas de varios colores, según cada paciente. Aplicaciones, la nueva manera de entender el mundo, al tiempo que alimentamos con datos la máquina. Aplicaciones para todos y para todo. (Solano 16) Ahora bien, el poder opera de múltiples maneras y ser objeto de constante espionaje también nos convierte en sujetos vigilantes en el entorno cotidiano. Lo anterior, al orientarse en contravía a la noción propia del liberalismo del “derecho a la intimidad”, abre posibilidades para que las leyes sean susceptibles de ser intervenidas por decreto y cuando los gobiernos lo requieran:

¹⁷ El tópico de la sociedad de vigilancia y control es recurrente en una amplia literatura de ciencia ficción, de manera que el estudio de Nelson Arteaga, “Metamorfosis de la vigilancia: literatura y sociedad de 1984 a *Neuromante*” (2014), presenta un extenso corpus de obras de ficción que clasifica en función de la correspondencia que existe entre los tipos de sociedades imaginadas y los sistemas de control que operan en cada una de ellas, dividiéndolas en tres tipos, a saber: totalitarias, de control y heterotópicas.

¹⁸ En la obra de Orwell, el Estado ejerce control en tres niveles; mediante el “Gran hermano”, que todo lo ve, las telepantallas y los micrófonos, así como con la historia, en tanto que modifica el pasado (Arteaga, parr. 24).

“¿Por qué tengo que responder?” Pregunta un ciudadano sospechoso de portar el virus en la obra: “¿No es acaso una violación a mi privacidad?” Quizá, pero en este momento no importa porque el procedimiento está autorizado bajo un artículo de la Ley aprobada por la Asamblea Nacional. (Solano 15) En la anterior cita evoca el binomio: derecho (leyes) y poder político, donde el primero pretende imponer los límites al segundo; no obstante, “el panóptico funciona en contravía, logrando aumentar el alcance del poder” (Valencia y Marín 525). En suma, el individuo se queda indefenso ante las leyes y desnudo ante la inspección de las cámaras y los drones, tal como se narra en *Los días de la fiebre*.

Podríamos objetar que la vigilancia, por ejemplo, en la novela de Orwell, *1984*, está ligada a una ideología política, propia de los regímenes totalitarios de la primera mitad del pasado siglo, que no alberga a las democracias (Arteaga, parr.24). Por supuesto, no hablamos de reproducciones fieles, pero sí de una contemporaneidad en la que, como también lo sustenta Arteaga, la proliferación de cámaras en los espacios urbanos y la expansión de drones para el monitoreo de fronteras y para el desarrollo de la guerra a distancia, son el pan diario. Asimismo, la consolidación de los dispositivos biométricos de control de la población, cuyo fin es obtener la información sobre los ciudadanos para ser utilizada con múltiples fines. La omnipresencia de los sistemas de vigilancia cumple la función del panóptico, estudiado por Foucault (204) y podría resumirse en lo siguiente: que el ciudadano se sepa vigilado constantemente, sin saber por quién, de manera que se trata de inducirlo en un estado de autocontrol, que garantice su funcionamiento automático y conforme a lo que el poder le impone.

El logro de la “automaticidad” del comportamiento individual desvela otro de los principios expuestos por Bentham, cuando argumentaba que el poder debía ser visible pero inverificable (Foucault 205). La siguiente escena en *Los días de la fiebre* ejemplifica lo que venimos exponiendo: un caso de vigilancia, persecución, advertencia ¿de quién?

Paso casi una hora viendo videos de gente en Wuhan siendo amonestada por drones (...). “Usted, abuela, no puede estar en la calle sin mascarilla, mejor váyase a casa y lávese las manos”, dice una voz robótica de hombre. La anciana se queda mirando al dron con una sonrisa de desconcierto. El dron se acerca un poco más y la mujer empieza a caminar rápido (...) El dron la sigue y ella voltea cada tanto a verlo. (Solano 21). Esto es, una invisible red informática con plataformas y aplicaciones electrónicas que recolectan y sistematizan datos sobre los portadores de la COVID-19. Todos los usuarios de telefonía móvil dejan registrados sus recorridos diarios, a la vez que pueden acceder, sin solicitarlo,

a información privilegiada, por ejemplo, la distancia a la que se pueden encontrar de una persona diagnosticada con el virus: “Corona 100 le avisa al usuario si ha estado a menos de 100 metros de un lugar visitado por un infectado” (Solano 37). Sobre los alcances de esta aplicación leemos:

Nos han dicho que uno de los hombres infectados hizo lo que no se debe hacer, siguió con su vida normal (...) Nos han dicho que el miércoles de la semana pasada aquel hombre visitó la clínica de cirugía plástica (...) lo hizo en auto alquilado. Después cenó en un restaurante cerca de la clínica y pasó la noche en New Hotel (...). El jueves paseó por el río a la hora del almuerzo y compró algo en la tienda conveniencia GS de Jamwon, sucursal #1. Cenó en Yeoksam. El viernes volvió a la clínica acompañado de una persona (...). Setenta y cuatro personas estuvieron en contacto con él. Solo uno de ellos ha desarrollado síntomas (...) Todos los lugares que visitó han sido desinfectados. (Solano 13)

Paralelo a lo anterior, en la medida en que las autoridades sanitarias lo consideren pertinente, se implementan restricciones punitivas y estigmatizantes. Dicho hostigamiento, que aparece como efecto de la tendencia a la transgresión de las normas, nos deja manifiesto otro fenómeno recurrente que ha llamado la atención en tiempos de peste/pandemia. Nos referimos a lo que Foucault ilustra con la imagen de un tejido ficcional en torno a la peste, asociado con la fiesta, el desorden y con su contraparte, el disciplinamiento:

[L]as leyes suspendidas, los interdictos levantados (...) los cuerpos mezclándose sin respeto (...), también hay un sueño político que es lo exactamente inverso: “no la fiesta colectiva, sino las particiones estrictas; no las leyes trasgredidas, sino la penetración del reglamento hasta los más finos detalles de la existencia (...). La peste como forma a la vez real e imaginaria del desorden tiene por correlato médico y político la disciplina. (201)

Bajo el signo del caos y su reglamentación, cobra relevancia la fórmula foucaultiana: “donde hay poder hay resistencia”, que también se percibe en *Los días de la fiebre*. En un intento de evadir el control estatal, una pareja de visitantes deja “a propósito sus teléfonos en casa para que no pudieran rastrearlos” (Solano 118). Sin embargo, el uso de tarjetas de pago y cámaras de seguridad, que también son elementos constitutivos del nuevo

panoptismo, aportan el itinerario para el seguimiento de los turistas. El sistema recoge la información de los cinco días de estancia, en los cuales visitan centros comerciales, tiendas, un museo y un colegio. El desacato, aunque frustrado, lleva a que las autoridades estudien la posibilidad de “ponerles manillas electrónicas a los reincidentes para comprobar si dejan su lugar de confinamiento” (Solano 118).

Para terminar, destacamos otro tópico que quizá tienda a actualizarse con la experiencia de la COVID-19 en nuestras sociedades y que aparece en *Los días de la fiebre*. Nos referimos al *odio*, el mismo que predomina en la novela *1984*, que en la obra de Solano se representa como consecuencia del riesgo de contagio mezclado con xenofobia. La omnipresencia de las cámaras y la omnipotencia de las redes reaparecen para garantizar que es posible orquestar persecuciones exitosas, manifestándose como saboteos (matoneos) anónimos, que puede anular a un individuo. Algo semejante a lo que destaca Eduardo Bravo sobre la representación de “los dos minutos de odio” (parr. 4), en *1984*, que equipara con el matoneo en las redes sociales de hoy, especialmente Twitter, que puede ser usada “para arrojar veneno contra los enemigos del Estado, contra sus vecinos, contra ese artista al que detestan” e inyectar odio anónimamente (Bravo, parr. 5). Un corrolato de lo anterior lo leemos en *Los días de la fiebre*:

Un avión ha traído a los primeros repatriados de Wuhan. Los residentes de las dos ciudades donde 720 personas pasarán la cuarentena se han quejado. Algunos proponen armar una barricada con tractores para no dejarlos pasar. Como un animal dormido por años, nuestros miedos más primitivos empiezan a despertar y apenas nos damos cuenta.

(...) Me descubro maldiciendo al polaco mientras lavo los platos. Ha traído la peste y los nervios hasta nuestras calles. Así, con un brote xenofóbico asqueroso. No demoro en sentirme avergonzado.

(...) Tomo el metro después de varios días sin hacerlo y compruebo que soy el único extranjero (...) Pienso en la mujer que me miró con ojos acusadores (...) quizás usted es de esos extranjeros que no guardan la cuarentena y van tosiendo por ahí. (Solano 20, 82 y114).

Las citas son reveladoras, el rechazo al “otro”, la posible fuente de contagio nos remite a lo ya tratado sobre la asepsia frente a la muerte y la enfermedad que caracteriza a la sociedad moderna, pero también al rechazo al extranjero. En este último sentido, *Los días de la fiebre* recrea la ausencia de empatía o de *proximidad* que parece ser el signo de las

sociedades modernas y en los tiempos de la COVID-19, paralelo a lo que revela una endeble frontera entre miedo al contagio y la xenofobia.

Conclusión

Los días de la fiebre recoge algunas de las inquietudes que nos deja la experiencia de una pandemia en el siglo XXI y, aunque mantiene algunos tópicos presentes en otras narraciones de plagas, la impregna nuestra temporalidad y, conforme a esta, el individuo está solo ante la catástrofe, como lo ya anunciaba Albert Camus en su emblemática historia de *La Peste*. El narrador de *Los días de la fiebre* se nutre de la perplejidad que experimentamos como individuos y como sociedad, ante la experiencia de la COVID-19. Quizá, en una búsqueda por explicar lo que nos ha tocado vivir —recurriendo a un discurso híbrido, entre el diario, el testimonio y la crónica—, nos sumerge en un estado hipermoderno en el que el discurso de la bioseguridad funciona como un pretexto para implementar mecanismos de control ciudadano y político que se logra mediante el uso de las herramientas tecnológicas e informáticas. Las cámaras de vigilancia, así como las redes sociales, aparecen como un medio efectivo para informar y prevenir sobre los contagiados, pero queda manifiesto que dicha información no es preventiva, en el contexto de la salud pública, sino que genera miedo e incita al rechazo de los posibles portadores del virus, los cuales tienden a describirse en una relación de otredad que justifica el repudio hacia el contagiado y el extranjero.

De forma paralela, nos aproximamos al fenómeno que históricamente ha estado asociado al control de las pandemias, que toma carácter de “panoptismo”, obsesión por los contagios cuyo correlato médico y político es la disciplina. No obstante, acuñamos el concepto de nuevo panoptismo, en tanto Seúl emerge como paradigma de la ciudad moderna, una sociedad vigilada y vigilante, cuyos habitantes han incorporado el objetivo del panoptismo; comportarse obedeciendo los lineamientos de un poder vigilante, por lo que no se requiere la vigilancia efectiva.

Los días de la fiebre nos enfrenta entonces a la realidad extraliteraria, al terreno resbaladizo entre lo que se concibe como una política de salud pública y un estricto sistema de vigilancia social. Ambos se sirven de la alta tecnología para disciplinar y/o encauzar la conducta de los ciudadanos, de forma que controlar la peste (epidemia) se corresponde con un ideario político que se traduce en el control de los cuerpos y del pensamiento disidente, por ejemplo, de movimientos sociales y protestas: “Oímos que las

manifestaciones serán prohibidas en Seúl, sin excepción. No habrá concentración en la calle de ninguna clase” (Solano 38). Lo anterior, aunque no parece tener relevancia en Seúl, la adquiriría si ubicamos esas interdicciones contra la protesta en el contexto colombiano, durante el período de confinamiento.

En suma, en *Los días de la fiebre* encontramos un testimonio temprano de cómo un sistema de gobierno, el de Corea del Sur, afronta la COVID-19 y frena la pandemia. Este primer ejemplo que llega a nuestras manos desvela un terreno resbaladizo que hay entre lo que se concibe como una política de salud pública, esto es, un sistema de control que se sirve de una alta tecnología para controlar la enfermedad, pero que también es altamente susceptible de deslizarse hacia un fuerte control social y político. En otras palabras, la sistematicidad en el control de la epidemia guarda grandes semejanzas con la implementada para identificar disidentes, movimientos sociales y protestas.

Referencias

- Afanador, Luis Fernando. “Diez lecturas recomendadas para tiempos de aislamiento y coronavirus”. Revista Semana versión digital. Web. 27 Sep. 2021
<https://www.semana.com/cultura/articulo/diez-lecturas-recomendadas-para-tiempos-de-aislamiento-y-coronavirus/658030/>.
- Almarcegui, Patricia. “Crónica y literatura de viajes. Nueva Revista”. Web. 27 Sep. 2021
<https://www.nuevarevista.net/libros/cronica-y-literatura-de-viajes/>
- Arteaga Botello, Nelson. “Metamorfosis de la vigilancia: literatura y sociedad de 1984 a Neuromante”. Culturales 2 (1) ene./jun. Web. 27 Sep. 2021
http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S187011912014000100006
- Baudrillard, Jean. El intercambio simbólico y la muerte (1976). Caracas: Monte Ávila Editores. 1980. Versión digital. Web. 27 Sep. 2021
<https://josefranciscoescribanomaenza.files.wordpress.com/2015/12/aquc3ad8.pdf>
- Boccaccio, Giovanni. Decamerón. Web. 27 Sep. 2021. decameron.pdf (iesdonbosco.com)
- Bravo, Eduardo. “Nueve inquietantes cosas que ya estaban en ‘1984’ de Orwell y ahora tienes en tu casa”. Babelia. El País 7 de junio de 2019. Web. 27 sep. 2021
https://elpais.com/elpais/2019/06/06/icon/1559833835_345792.html
- Camus, Albert. La peste. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, S.A. 1979. Web 27 Sep. 2021.

- Defoe, Daniel (2010). Diario del año de la peste. Biblioteca Virtual Universal. Web 27 Sep. 2021. [153823.pdf \(biblioteca.org.ar\)](#)
- Durán Calderón Sandra, Marcela. “Las epidemias en la Nueva Granada: castigo de Dios y conjura de los Santos. 1782-1850. Una aproximación al imaginario religioso”. Tesis de Maestría. Universidad de los Andes. Web. 27 Sep. 2021. <https://repositorio.uniandes.edu.co/bitstream/handle/1992/12507/u686040.pdf?sequence=1>
- Foucault, Michael. Vigilar y Castigar. Buenos Aires: Siglo Veintiuno. 2010. Impreso.
- García Márquez, Gabriel. El amor en los tiempos del cólera. Bogotá D.C: Oveja Negra. 1985. Impreso.
- Garzón Cárdenas, Ricardo. “Adolfo León Gómez y el presidio en el primer cuarto del siglo xx en Colombia”. NovumJus. 11 (1) enero-junio. Web. 27 sep. 2021 <https://novumjus.ucatolica.edu.co/article/view/1430/1909>
- Gil-Carcedo, Luis María y Gil-Carcedo, Elisa. “Enfermedad y literatura. La peste. Anales Ranm”. Web. 27 Sep. 2021 https://analesranm.es/wp-content/uploads/2018/numero_135_03/pdfs/ar135-rev08.pdf
- Guerra, Francisco. “Origen de las epidemias en la conquista de América”. Quinto centenario, 14. Madrid: Edil. Univ. Complutense. Web. 27 Sep. 2021. [file:///C:/Users/Maria%20O/Downloads/1737-Texto%20del%20art%C3%ADculo-1824-1-10-20110526%20\(1\).PDF](file:///C:/Users/Maria%20O/Downloads/1737-Texto%20del%20art%C3%ADculo-1824-1-10-20110526%20(1).PDF)
- Lizcano Herrera, Dayana Licia. Lepra, lazareto y leprosos: Memorias de una enfermedad olvidada. Revista Temas. Núm. 3 (2009). Publicado 2009-10-01. Web. 27 sep. 2021. <http://revistas.ustabuca.edu.co/index.php/TEMAS/article/view/681>
- London, Jack. La peste escarlata. Biblioteca Virtual Universal. Web. 27 Sep. 2021 <https://biblioteca.org.ar/libros/130896.pdf>
- Nadal, Romail. “¿Por qué (re)leer “La Peste” de Albert Camus en 2020?” Prodavinci. Web 27 Sep. 2021 <https://prodavinci.com/por-que-releer-la-peste-de-albert-camus-en-2020/>
- Narbona Monteagudo, Rafael. “La peste’: Albert Camus en los tiempos del coronavirus”. El Cultural. Web 27 Sep. 2021 <https://elcultural.com/la-peste-albert-camus-en-los-tiempos-del-coronavirus>
- Picard, Hans Rudolf. “El diario como género entre lo íntimo y lo público”. Edición digital a partir de 2016. Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada, IV, pp. 115-122. Web. 27 Sep. 2021.

- <http://www.cervantesvirtual.com/obra/el-diario-como-gnero-entre-lo-ntimo-y-lo-pblico-0/>
- Reina, Valera. <https://www.bibliaenlinea.org/deuteronomio>. Web. 28 sep. 2021
- Rodríguez Fernández, Gabriela. “La ciudad como sede de la imaginación distópica: literatura, espacio y control”. *Geo Crítica Scripta Nova*. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales. Universidad de Barcelona IX, núm. 181. Web. 27 Sep. 2021 <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-181.htm>
- Mann, Thomas. *La muerte en Venecia*. Libro digital SeDiCI. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Web. 27 sep. 2021. <https://literaturaalemanaunlp.files.wordpress.com/2010/04/la-muerte-en-venecia.pdf>
- Márquez, Israel. “Muerte 2.0: pensar e imaginar la muerte en la era digital”. Web. 27 Sep. 2021. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-00632017000100103#affl
- Martínez, Jorge. “Pestes, historia y literatura”. *La Prensa*. Argentina. Web. 27 Sep. 2021. <http://www.laprensa.com.ar/486849-Pestes-historia-y-literatura.note.aspx#:~:text=Con%20l%C3%ADneas%20de%20esa%20crudeza,hechos%2C%20liquid%C3%B3la%20Edad%20Media>
- Orwell, George. 1984. *Salvat Editores S.A. Edición electrónica de Utopía*. Web. 27 Sep. 2020 <https://wjccschools.org/jhs/wpcontent/uploads/sites/17/2019/05/1984-Spanish.pdf>
- Pepys, Samuel. *Diario 1660-1669*. Editorial digital. Tituvillus.1825. Web. 27 Sep. 2021. <https://gracielahierro.files.wordpress.com/2020/03/diario-1660-1669-samuel-pepys.pdf>
- Shelley, Mary. *El último hombre*. El cobre ediciones: Barcelona 2007. Web 27 Sep. 2021. <https://www.cermi.es/sites/default/files/docs/colecciones/TripaElultimohombre.pdf>
- Tucídides. *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Alianza Editorial: Madrid. 1989. Impreso.
- Solano, Andrés Felipe. *Los días de la fiebre*. Bogotá: Planeta. 2020. Impreso.
- Valencia Grajales, José Fernando y Marín Galeano, Mayda Soraya. *El panóptico más allá de vigilar y castigar*. *Revista Kavilando*. 9 (2). Noviembre- diciembre. Web. 27 Sep.2021. <https://www.kavilando.org/revista/index.php/kavilando/article/view/237>

Vulliamy, Ed. “El regreso de la peste”. Letras libres. Web. 27 Sep. 2021
<https://letraslibres.com/revista/el-regreso-de-la-pestes/>